

— *Militat spiritu...*

— *Militat spiritu, militat gladio.*

— ¡ Eso es ! ¡ eso es ! — exclamó don Modesto con entusiasmo.

— Vamos, vamos, no cabe justificarse con más gracia que lo hacéis, don Modesto ; os perdono.

— ¡ Ah ! — exclamó Gorenflot enternecido.

— Sois siempre mi amigo, mi mejor amigo.

Gorenflot se enjugó una lágrima.

— Pero, almorcemos, y seré indulgente con el almuerzo.

— Escuchad, — dijo Gorenflot con entusiasmo, — voy á mandar decir al hermano cocinero que si no nos presenta un almuerzo regio, le mando encerrar en un calabozo.

— Sí, decídselo, sois aquí el amo, mi querido prior.

— Y descorcharemos algunas botellas de la penitente.

— Yo os auxiliaré con mis luces, amigo mío.

— ¡ Dejadme abrazaros, Chicot !

— ¡ No me aboguéis, y hablemos !

III.

El almuerzo.

Gorenflot no tardó en dar sus órdenes, pues si, como él decía, el digno prior estaba en la escala ascendente, lo estaba con especialidad en lo concerniente á los pormenores de una buena comida y los progresos de la ciencia culinaria.

Don Modesto mandó llamar al hermano Eusebio, el cual compareció no ante su prior, sino ante su juez; pues por el modo con que le habían llamado

adivinó que ocurría alguna cosa extraordinaria concerniente á él en la celda del reverendo prior.

— Hermano Eusebio, — dijo Gorenflot con voz severa, — escuchad lo que os va á decir el señor Roberto Briquet, mi amigo. Parece que os vais descuidando. Hemos oído hablar de incorrecciones graves en vuestra última pepitoria, y de una fatal negligencia en cuanto al crujido que deben hacer las orejas bien fritas. ¡ Cuidado, hermano Eusebio ! ¡ Cuidado ! Un solo paso en el mal camino arrastra todo el cuerpo.

El hermano cocinero se sonrosó y palideció sucesivamente, y balbució una excusa que no fué admitida.

— ¡ Basta ! — dijo Gorenflot.

El hermano Eusebio se calló.

— ¿ Qué tenéis hoy para almorzar ? — preguntó el reverendo prior.

— Huevos revueltos con crestas de gallo.

— ¿ Qué más ?

— Hongos rellenos.

— ¿ Y luego ?

— Cangrejos compuestos con vino de Madera.

— Todo eso es bueno para limpiar los dientes,

pero necesitamos algo sólido, algún plato fuerte: vamos, hablad.

— Si queréis un buen jamón con alfóncigos...

— ¡ Puf ! — dijo Chicot.

— Perdonad, — añadió Eusebio con timidez: — está cocido en vino seco de Jerez; además he tenido el cuidado de mecharlo con adobo de vaca conservado en aceite de Aix, de modo que con la grasa de dicha vaca se come la parte magra del jamón, y con la gorda de éste la del adobo.

Gorenflot aventuró una mirada dirigida á Chicot, acompañándola con un gesto de aprobación.

— No me parece mal, — dijo. — ¿ Y á vos, señor Roberto ?

Chicot hizo un gesto medio satisfactorio.

— ¿ Y después ? — preguntó de nuevo el prior.

— ¡ Qué más tenéis aún ?

— Se puede acomodar una anguila en un instante.

— Dios me libre de ella, — dijo Chicot.

— Se me figura, señor Briquet, — repuso el hermano Eusebio animándose poco á poco, — que podréis probarla, sin que os pese luego.

— ¿ Pues qué tiene de particular ?

— ¡Oh! Crio yo anguilas de un modo bastante raro.

— ¡Oh, oh!

— En efecto, — añadió Gorenflot, — parece que los Romanos ó los Griegos, pues no me acuerdo bien, en fin, un pueblo de Italia era el que criaba las lampreas del mismo modo que Eusebio: éste lo ha leído en un autor antiguo llamado Suetonio, que escribió mucho de cocina.

— ¿Qué es eso, hermano Eusebio? — exclamó Chicot: ¿conque dais á vuestras anguilas cadáveres humanos por alimento?

— Nada de eso, señor; hago picadillo de los intestinos y los hígados de las gallinas, de las perdices, de los conejos y demás, añado un poco de tocino, hago de todo eso una especie de relleno y se lo echo á mis anguilas, que, en el agua dulce renovada sobre menuda arena, se ponen gordas en un mes y al mismo tiempo se alargan prodigiosamente. La que serviré hoy al señor prior, por ejemplo, pesa nueve libras.

— Entonces es un culebrón, — dijo Chicot.

— Se tragaba de un bocado un pollo de seis días.

— ¿Y cómo la habéis de sazonar?

— Sí, ¿cómo la habéis de sazonar? — repitió el prior.

— Después de bien dorada con manteca de anchoas y envuelta en una capa fina de pan rallado, la colocaré con cuidado y delicadeza en las parillas por espacio de diez segundos, y en seguida os la presentaré con una salsa de aceite, ajo, perejil y pimienta.

— Sí, pero esa salsa...

— ¡Oh! será de aceite de Aix batido con jugo de limón y mostaza.

— ¡Exquisito! — exclamó Chicot.

El hermano Eusebio respiró.

— Ahora faltan los platos de dulce, — observó oportunamente Gorenflot.

— Ya inventaré alguno que sea de vuestro agrado, reverendo prior.

— Bien, bien, allá lo veremos, pero haceos digno de nuestra confianza.

— ¿Puedo ya retirarme? — preguntó Eusebio saludando.

El prior consultó á Chicot.

— Que se retire, — dijo éste.

— Retiraos y enviadme al padre despensero.

Eusebio saludó de nuevo y salió de la habitación.

El hermano despensero ocupó su lugar, y recibió órdenes no menos precisas para el almuerzo.

Dos minutos después los dos amigos, arrellanados en cómodas butacas delante de una mesa cubierta con un mantel finísimo de blanco lino, parecían amenazarse como dos duelistas, con los tenedores y cuchillos de que estaban armados.

Aquella mesa, capaz para seis personas, estaba llena con el servicio, porque el despensero había amontonado en ella botellas de formas y rótulos diferentes.

Fiel Eusebio á su programa, acababa de enviar los huevos revueltos, los cangrejos y los hongos, que perfumaban el aposento con un delicioso olor de criadillas de tierra y de manteca fresca, como la crema de tomillo y el vino de Madera.

Chicot se abalanzó al almuerzo como un hambriento, y el prior, por el contrario, como hombre que desconfía de sí mismo, de su convidado y del cocinero.

Después de algunos segundos devoraba Gorenflot, al paso que Chicot no hacía más que observar.

Dieron principio por el vino del Rhin; en seguida pasaron al de Borgoña de 1550; hicieron luego una excursión á las botellas de otra bodega, cuya fecha parecía antediluviana; vaciaron algunas copas de Saint-Perey, y por último saborearon el néctar de la nueva hija de confesión.

— ¿Qué decís de esto? — preguntó Gorenflot, después de haberlo probado tres veces antes de pronunciarse.

— Oscurillo es, pero también ligero, — contestó Chicot. — ¿Y cómo se llama vuestra penitente?

— No la conozco.

— ¡Cómo! ¿ignoráis su nombre?

— Sí: nos tratamos por medio de embajadores.

Chicot cerró los ojos, como para saborear una copa de vino entre la lengua y el paladar antes de tragarlo, aunque entre en realidad para reflexionar.

— ¿Conque es decir, — exclamó en seguida, — que tengo el honor de almorzar en compañía del general en jefe de un ejército?

— ¡Oh! ¡Dios mío! Sí, sí.

— ¿Y suspiráis al decir eso?

— Es cargo muy penoso.

— Cierto, pero también noble y distinguido.

— ¡ Oh ! soberbio, pero no puedo conseguir que se guarde silencio en el coro... Como que antes de ayer me vi precisado á suprimir un plato en el refectorio.

— ¡ Suprimir un plato ! ¿ Y por qué ?

— Porque muchos de mis mejores soldados, pues debo hacerles esta justicia, tuvieron el atrevimiento de creer que no les bastaba el postre de uivate de Borgoña que se les da todos los viernes.

— ¡ Conque insuficiente ! ¿ Y en qué se fundaban ?

— En que á pesar del postre tenían hambre, por lo cual pedían tajadas de carne magra, ó pescado, como cercetas, langostas ó salmón. ¿ Qué os parece de esos engullidores ?

— Nada de extraño tiene que estén hambrientos, si se entregan á ejercicios violentos.

— ¡ Y en qué consiste el mérito ? Comer bien y trabajar mucho son cosas que todo el mundo puede hacer. ¡ Qué diablo ! Es necesario que los hombres sepamos ofrecer al Señor nuestras privaciones, — prosiguió el digno prior ensartando una enorme lonja de jamón y sepultándola en una fuente llena de gelatina, de la cual no había hablado el her-

mano Eusebio, por no creerla digna de figurar en el programa del almuerzo.

— Bebed, Modesto, bebed, — le dijo Chicot, — pues de lo contrario vais á atragantaros ; casi tenéis un color cárdeno que...

— De indignación, amigo mío, — le interrumpió el prior vaciando su vaso que contenía más de un cuartillo.

Chicot esperó á que diese fin á su enorme libación, y al verle dejar el vaso en la mesa, le dijo :

— Acabemos vuestra historia, porque me interesa sobre manera. ¿ Conque les privasteis de un plato, porque dijeron que no tenían bastante ?

— Por supuesto.

— No deja de ser ingenioso el castigo.

— Y sobre todo hizo su efecto, y tanto que creí verlos amotinados ; sus ojos despedían chispas, y castañeteaban sus dientes.

— Tenían hambre los pobres diablos, — dijo Chicot. — ¿ Qué habían de hacer ?

— ¿ Conque tenían hambre ?

— Pues es claro.

— ¿ Lo creéis así ?

— Estoy seguro de ello.

— Pues bien; yo observé esa noche un hecho singular que recomendaré al análisis de la ciencia. Por lo pronto di al hermano Borrromeo las órdenes convenientes acerca de la supresión del referido plato, y al notar los síntomas de la rebelión, prohibí asimismo el vino.

— ¿Y luego? — preguntó Chicot.

— Para coronar la obra, mandé hacer por segunda vez el ejercicio, pues quería destruir á todo trance la hidra revolucionaria, como lo ordenan los salmos: no ignoráis aquello de *Cabis poriabis diagonem*. ¡Eh! ¿Qué tal? Supongo que no lo habéis olvidado.

— *Proculcabis draconem*, — observó Chicot echando de beber al prior.

— *Draconem*.... eso es, eso mismo.... ¡Bravo! Y á propósito de dragón, probad esta anguila que está diciendo: cómeme. ¡Oh! Es bocado delicioso.

— Gracias; apenas puedo respirar, pero seguid, seguid adelante.

— ¿Qué he de seguir?

— Vuestro hecho singular.

— ¿Qué hecho? Ya no me acuerdo.

— El que queréis recomendar al examen de los sabios.

— ¡Ah! Ya caigo.

— Y ya escucho.

— Preseribí, como he dicho, segundo ejercicio para la tarde, y por Dios vivo que esperaba encontrar extenuados, medio muertos á esos tunos; por lo mismo había preparado un sermón magnífico sobre este texto: *El que come mi pan*.....

— Pan seco, — dijo Chicot.

— ¡Eso es, pan seco! — exclamó Gorenflot, dilatando con una risa de ciclope sus robustas quijadas. — ¡Oh! Hubiera desenvuelto mi tema, y aun de antemano me reía solo de la ocurrencia por espacio de una hora, cuando en seguida me encontré en el patio delante de un tropel compuesto de mocetones animosos y forzudos que saltaban como langostas: hé aquí la ilusión que quiero someter á la ilustración de los sabios.

— Veamos esa ilusión.

— Apeataban á vino como demonios.

— ¿Á vino? Es decir que el hermano Borrromeo os hizo traición.

29994

— ¡Oh! tengo mucha confianza en él, porque es la obediencia pasiva en persona: estoy seguro de que si yo se lo ordenase, se arrojaría á un horno ardiendo.

— Hé ahí lo que es el ser un mal fisonomista, — dijo Chicot rascándose la nariz; — yo he formado de ese frailuco una opinión diametralmente contraria.

— Es muy posible, y sin embargo, yo conozco á fondo el carácter de mi Borromeo, como te conozco á ti, Chicot, — añadió don Modesto, que iba siendo comunicativo á medida que se emborrachaba.

— ¿Y dices que apestaban á vino?

— ¿Quién? ¿Borromeo?

— Hombre, no, tus frailes.

— Como cubas, sin contar que todos estaban colorados como cangrejos: esta fué la primera observación que hice á Borromeo.

— ¡Bravo!

— Es que yo no me duermo.

— ¿Y qué te contestó?

— Una cosa muy sutil.

— Ya lo creo.

— Que el apetito demasiado vivo produce los mismos efectos que la satisfacción de ellos.

— ¡Já! ¡Já! ¡Já! En efecto, eso es tan sutil como dices, ¡cuerpo de Crispo! ¿Sabes que tu Borromeo es un hombre que lo entiende? Ya no extraño que tenga los labios tan delgados y tan afilada la nariz. Y en fin, ¿te convenció?

— Completamente, como vas á convencerte tú: pero acércate un poco más, porque me cuesta algún trabajo moverme.

Chicot se aproximó y Gorenflot hizo de su mano una especie de trompetilla acústica que aplicó al oído de su amigo.

— Acaba, — dijo éste.

— Voy á reasumirlo todo. ¿Te acuerdas, Chicot, del tiempo en que éramos jóvenes?

— Me acuerdo.

— De aquel tiempo en que nos hervía la sangre, cuando los deseos impuros...

— ¡Prior! ¡Prior! — exclamó el casto Chicot.

— Figúrate que habla Borromeo, y yo sostengo que tiene razón. ¿No producía entonces el apetito muchas veces las ilusiones de la realidad?

Chicot soltó tan violentas carcajadas, que la mesa

con todas las botellas empezó á temblar como la cubierta de un buque.

— Perfectamente, — exclamó al mismo tiempo; — voy á ponerme bajo la dirección del hermano Borromeo, y después que me entere bien de sus teorías, os pediré un favor, reverendo padre.

— Y yo te lo concederé, Chicot, así como todo cuanto desees y yo pueda. Dime por lo mismo qué favor será ese.

— Que me concedáis únicamente por ocho días el cargo de ecónomo del convento.

— ¡Y qué harás con eso?

— Alimentaré al hermano Borromeo con sus teorías, y le presentaré un plato y un vaso vacíos, diciéndole: Podéis apetecer con toda la fuerza de vuestra hambre y de vuestra sed un pavo relleno con setas y una botella de vino de Chambertín; pero, ¡cuidado con emborracharos! ¡cuidado con que pesquéis una indigestión, hermano filósofo!

— ¡Conque no crees en los milagos que produce al apetito?

— ¡Bah! ¡bah! Yo creo lo que creo; pero dejemos á un lado las teorías.

— Corriente, dijo Gorenflot; — vayan al demonio, y hablemos de realidades.

Y Gorenflot colmó su vaso.

— Brindo, — añadió, — por aquel tiempo que antes me has recordado, y por nuestros festines en la hostería del *Cuerno de la Abundancia*.

— Ya creía que habías olvidado todo eso, reverendo amigo.

— Profano, todo eso se oculta bajo la majestad de mi posición, pero á solas... ¡Oh! ¡por vida del diablo! yo soy siempre el mismo.

Y Gorenflot comenzó á entonar su canción favorita, á pesar de las señas para que callase, que le hacía Chicot:

Cuando al borrico desatan,
Endereza las orejas;
El vino espumoso salta,
Si destapan la botella.
Pero al fraile que se ve
Libre de estrecha clausura,
Nadie excede en liviandad,
Nadie iguala en travesura.

— ¡Calla, desdichado! — dijo Chicot, — si

viene por aquí el hermano Borromeo, creará que hace un mes que no has comido ni bebido.

— Si viniese el hermano Borromeo, cantaría conmigo.

— No lo creo.

— Pues yo sí.

— Vamos, déjame en paz, y responde á mis preguntas.

— Habla.

— Si apenas me das tiempo... ¡Borracho!

— ¡Cómo! ¡Borracho yo!!!

— Vamos: resulta de esos ejercicios de armas que tu convento se ha convertido en un verdadero cuartel.

— Eso es, tienes razón, amigo mío, en un cuartel: el jueves último... no... sí... ¿era el jueves?... sí el jueves... Espera un poco... no sé ciertamente si fué el jueves...

— Lo mismo me da el jueves que el viernes; adelante.

— Cierto: lo principal es el hecho y no la fecha, ¿eh? Pues, señor, el jueves ó el viernes encontré en los claustros dos novicios que se batían al sable,

acompañados de sus correspondientes padrinos, que se disponían á hacer otro tanto.

— ¿Y qué providencia tomaste?

— Mandé que me llevasen unas disciplinas para azotar á los novicios, que al punto huyeron; pero Borromeo...

— ¡Ah! ah! ¡Otra vez Borromeo!

— Sí, por supuesto.

— ¿Qué hizo Borromeo?

— Les echó el guante y los puso á disciplinazos como nuevos, de tal modo, que todavía están los pobres en cama.

— Quiero ver sus espaldas para apreciar debidamente el vigor del brazo del hermano Borromeo.

— ¡Vaya! ¡vaya! ¡Incomodarnos ahora en ver otras costillas que no sean las de carnero! Ea, come, come dulce de melocotón.

— No por cierto: ¡caramba! estoy reventando.

— Pues bien; bebe al menos.

— Tampoco, porque tengo que andar mucho.

— ¡Y qué! ¿Crees por ventura que yo me he de quedar quieto aquí? Sin embargo, ya ves que bebo.

— ¡Oh! Tú puedes hacerlo, y por otra parte,

para dar las voces de mando, se necesita fuerza en los pulmones.

— Bien ; pero te convido con un vaso de este licor digestivo, cuya composición sólo conoce Eusebio.

— Acepto.

— Es tan eficaz, que aun cuando uno coma á reventar, tiene hambre á las dos horas.

— Magnífica receta para los pobres. ¿ Sabes que si yo fuese rey, mandaría que cortasen la cabeza á Eusebio ? Su licor es capaz de destruir una nación entera... Pero ¿ qué demonios es eso ?

— Sin duda empieza el ejercicio.

En efecto, oíase distintamente gran estrépito de armas y de armaduras hacia el patio.

— ¿ Sin el jefe ? — dijo Chicot. — Hé aquí unos soldados indisciplinados, según parece.

— ¿ Sin mí ? Imposible, — replicó el prior, — No sabes que yo los mando y los instruyo ? La prueba de ello es que ya siento los pasos del hermano Borromeo que viene á recibir mis órdenes.

En efecto, Borromeo se presentó casi al mismo

tiempo, dirigiendo á Chicot una mirada oblicua y rápida como la flecha traidora del Parto.

— ¡ Oh ! oh ! murmuró Chicot entre dientes ; — esa mirada te ha vendido.

— Señor prior, — dijo el hermano tesorero, — sólo á vos esperamos para dar principio á la revista de armas y de corazas.

— ¡ Corazas ! ¡ Hola ! hola ! — pensó Chicot : — entiendo, entiendo.

Y se levantó con prontitud.

— Quiero que asistáis á nuestras maniobras, — dijo Gorenflot poniéndose también en pie, como si fuese una mole de mármol con piernas ; — dadme el brazo, amigo mío y veréis maravillas.

— No hay duda que el reverendo prior es un táctico profundo, — repuso Borromeo examinando la imperturbable fisonomía de Chicot.

— Don Modesto es hombre superior en todo, — observó éste inclinándose.

Y añadió para su sayo :

— Juguemos limpio, aguilucho mío, porque aquí hay un milano que puede arrancarte las plumas.